

ESTUDIOS

ACERCA

de los establecimientos penales en España.

(Conclusion.)

III.

La utilidad de las penitenciarias es para nosotros tanto más incontrovertible, cuánto que inteligencias privilegiadas se adhieren de día en día á la generosa y noble idea de la abolicion de la pena de muerte.

La sociedad en el grado de ilustracion que alcanza, al resistir esos actos extremos que la lastiman y que parecen ofenderla, ha fijado su atencion en los establecimientos penales, como lo único que pueda sustituirlos, produciendo una ejemplaridad saludable.

El hombre que espira en un patíbulo por delincuente, no puede ya corregirse; y la sociedad *pierde*, degradándose á su vez: —pero el hombre que entra en una penitenciaría por delincuente, es susceptible de corregirse en más ó ménos tiempo por medio de una educacion cristiana y laboriosa. Si así no fuera, la regeneracion moral de los séres seria una negacion absoluta.

Reconocida la necesidad de las penitenciarías como una deduccion tangible del espíritu altamente filosófico y humanitario de la época; la prensa debia proclamar una y otra vez sus bondades, los gobiernos llevar esta cuestion al parlamento, y la representacion nacional, como expresion genuina y legítima de las aspiraciones importantes de los pueblos, sancionar su planteamiento.

Pero no se confunda por algunos la designacion que usamos de establecimientos penales y penitenciarías; no se confundan los presidios con las casas de correccion; pues nuestros establecimientos presidarios no son ni más ni ménos que unas cárceles, al paso que las casas de correccion, tal como nosotros las hemos iniciado, serian unas verdaderas penitenciarías.—Nosotros pedimos algo más que la seguridad material de los criminales;

pedimos su redencion social.—Para lo primero, basta cualquier edificio, y las incalculables ventajas de la *fuerza moral* que se ha sabido crear en aquellas localidades, que hace que el penado esté vigilado y guardado por el penado mismo; pero para lo segundo, se necesitan las prácticas piadosas, el movimiento rápido y progresivo de los talleres, y la educacion penal bien entendida.

Creemos que, en buena lógica, nadie llegará á disentir de nuestras aseveraciones,—y sin necesidad de encarecerlas más para hacer resaltar su importancia, entraremos de lleno en la manifestacion de la reforma más conveniente.

La reforma mas conveniente seria, á nuestro juicio, la de proporcionar trabajo á las penitenciarías, sin que esta clase de trabajo perjudicara, por su índole, los sagrados intereses de la industria libre.

Pero ¿esto podría conseguirlo el gobierno supremo del Estado?

Nosotros creemos que muy sencilla y satisfactoriamente,—no subastando los talleres, como creen algunos, porque esto seria seguir hostilizando con nueva forma á los artesanos libres, y menoscabar la contribucion industrial, sino administrándolos por su cuenta como *gastos reproductivos*, girande siempre dentro de la órbita de los presupuestos, y con aplicacion estas diferentes elaboraciones á las atenciones del Estado, que no son ni pueden ser patrimonio de los operarios libres por las razones que aduciríamos gustosos, si de suyo no se desprendieran, como:

Trabajos de caminos y canales.

Trabajos de fortificacion.

Trabajos de arsenales.

Vestuario y calzado del ejército y armada.

Vestuario y calzado de los mismos penados.

Edificios oficiales, etc., etc.

Al anunciar esta reforma, seguramente que algunos espíritus meticulosos crearán ver en ella complicaciones enormes de difícil solucion, ya en su parte administrativa, ya en la parte material del trabajo, si bien no se les oscurecerán las ventajas

económicas de gran valía que la recomiendan desde luego; reforma que no podrá ménos de evidenciarse, sea hoy ó sea mañana, si se han de conciliar las altas é importantísimas consideraciones que se deben á la industria libre, y las condiciones especiales de los trabajos de las penitenciarías.

Unas y otras, las complicaciones que pudieran surgir de la administracion y de la realizacion material de las diferentes clases de obras que acabamos de consignar, no tendrian lugar con la organizacion que recibiría esta reforma, bien ajustada á las combinaciones de las labores.

Al efecto, era indispensable clasificar á los confinados por edad, por condenas y por oficios; operacion que creemos facilísima si son una verdad sus hojas histórico-penales.

Para la primera clase de obras, caminos y canales, se destinaria á los penados incorregibles, bajo el punto de vista moral y del trabajo, sin que les sirviera de abono ninguna de las tres clasificaciones que hemos indicado en el párrafo anterior; componiendo la gran masa característica de esta fraccion, los que pasaran de treinta y cinco años de edad y no tuvieran oficio, ni revelaran vocacion ó disposicion para alguno, y les faltaran más de cinco años para cumplir el tiempo por qué los hubieren sentenciado los tribunales.

Para la segunda clase de obras, *fortificaciones*, se destinarian un albañil por cada diez braceros, como maestro de esta seccion, á la cual enseñaria á la vez que le auxiliaban: se comprenderian en este aprendizaje los delincuentes que no pasaran de treinta y cinco años y que por los antecedentes de su vida rural, armonizaran con esta clase de trabajos sumamente materiales, para los que se necesita una complexion robusta y vigorosa; no comprenderia esta fraccion aquellos cuyas condenas excedieran de veinte años.

Para la tercera clase de obras, *arsenales*, los que reunieran las circunstancias desventajosas designadas para los penados que se emplean en la fraccion de *caminos y canales*, los cuales en los trabajos hidráulicos sustituirian hoy á los innumerables peones libres que gravan las nóminas de nuestros departamentos. Al llegar á este punto, tenemos que sofocar nuestras inspi-

raciones de economía política, porque nos es preciso transigir con ciertas conveniencias sociales.—Por lo demás iríamos más allá, basados en principios de intereses nacional que creemos irrefutables.

Para la cuarta clase de obras, *vestuario y calzado del ejército y armada*, en cada penitenciaría se plantearían talleres de fabricacion de paños, lencería, sastrería, sombrerería, zapatería y guarnicionería: se comprenderian en estos talleres los delincuentes que tuvieran estos oficios, fuese cual quisiera su condena, y en su aprendizaje todos los penados que no excedieren de treinta y cinco años de edad, que se sintieran con vocacion decidida á aprender alguno, y que no excediera de diez años de confinamiento.

Estas obras, más que ninguna otra, serian las de verdadera correccion, y las que elevarian las penitenciarías á tal grado de esplendor moral y utilitario, que su encaricimiento resalta á todas luces.—Estas obras son el núcleo capital de nuestro pensamiento de reforma; el foco á donde convergerian todos los rayos dispersos de la moralidad por medio del trabajo.—Estas obras, en fin, completarian por su predileccion administrativa, por su continuidad interminable, y por sus beneficios altamente económicos, el animado colorido del gran cuadro de la correccion de la criminalidad, cuya actividad enérgica seria la antítesis del que hoy presentan nuestros presidios.

Para la quinta clase de obras, *vestuario y calzado de los penados*, los mismos talleres excepto el último, y la misma clasificacion de edades, oficios y condenas.

Por último, para las obras que figuran en la sexta clase, *edificios oficiales ó nacionales*, se organizarian en las penitenciarías los talleres de albañilería, carpintería, herrería, pintura y hojalatería, con las mismas condiciones que para las obras del párrafo anterior, y cuya aplicacion no podia ser mas provechosa.

Daremos una idea de esta clase de obras por si no se ha comprendido bien su denominacion. Nosotros entendemos por edificios oficiales aquellos que son una propiedad necesaria del Estado para que funcionen sus diversos institutos de administracion y de guerra. Las aduanas, por ejemplo, los gobiernos de provincia, las

capitanías generales, los cuarteles, las penitenciarias, los hospitales militares, etc., etc.—La erección de estos edificios, de que carece en muchas capitales la nación, le sería tan insensible que con el importe de lo que satisface anualmente por su arriendo, en seis ó siete años se levantarían de nueva planta.—Por de pronto el Erario se ahorraría la satisfacción de las anualidades, y su costo sería siempre una tercera parte de lo que pudiera ascender su fabricación por operarios libres, pues nadie desconocerá que lo que más sube en estas obras, no son ciertamente las primeras materias, sino la mano de trabajo.

Sobre todos estos cuadros de actividad, enseñanza y producción se cerniría siempre la religión cristiana, inculcando su perfume generador, como una unción moral que edificará aquellas almas descarriadas que la sociedad arrojara de su seno ignominiosamente, devolviéndoselas luego purificadas por su acción espiritual, rica de amor al prójimo. Su misión depuradora por medio de las prácticas dogmáticas, y por su educación evangélica, las prepararían para entrar en otra nueva vida social que sería considerada como una segunda vida. La sociedad entonces, penetrada de que el sacerdocio práctico-religioso que se ejercía en las penitenciarias, era distinto del que hoy se ejerce estéril é infructuosamente, muy lejos de huir como en la actualidad del penalo que sale cumplido de los presidios, sería compasiva con él y no le cerraría sus puertas como á un sér nefando.

Terminada la exposición de nuestro pensamiento de reforma en los establecimientos penales de España, tenemos la satisfacción de concluir la con dos afirmaciones terminantes:

Primera.—La ventaja de las diversas clases de trabajo que comprende, ventaja de inmensos beneficios para los presupuestos nacionales.

Segunda.—Que esas mismas clases de trabajo no perjudican á la industria libre, caballo de batalla para todos los economistas que han dedicado sus desvelos al estudio de una reforma penitenciaria.

La exposición de nuestro pensamiento, mal formulado si se quiere, como un ensayo de otros estudios mas elevados so-

bre nuestros delincuentes, carecer á de las severas deducciones de una buena dialéctica; pero su evidencia, si no es mal interpretada, daría por resultado práctico la corrección de los criminales por medio de esta bella teoría: *el amor à Dios, el amor al trabajo, y el amor al prójimo*, tres puntos de apoyo sobre que jiraría la regeneración moral y civil de los desgraciados que se hallan sumidos hoy en el fangoso abismo de nuestros presidios.

BENITO VICETTO. (1)

Madrid, 1857.

ADIOS, MÍ HERMANA, NO ES POR SIEMPRE: ADIOS.

Oh graves, é insofrivéis accidentes
de fortuna é de amor, ¡qué penitencia
tao grave dais aos peitos inocentes.

(CAMOES).

Parto por fin en paz conmigo mismo;
no creo eterna y firme tu pasión,
más ¿quién penetra el tenebroso abismo
que encapota el humano corazón?

Del tiempo el soplo abrasador atierra
en los montes el pino colosal,
cambia el aspecto de fecunda tierra
desnudo y seco y calvo peñascal.

Es un río la vida, Carolina,
donde corren las aguas del dolor,
la esperanza un engaño que imagina
del hombre el enfermizo corazón.

Cuando la suerte ingrata nos oprime
y una vida arrastramos infeliz,
ve el hombre impío que su hermano gime
y no le cede un lecho en que morir.

No hay padres, no hay amigos; no una mano
que nos cierre los ojos á la luz;
el hombre para el hombre es un tirano,
un ateo que niega la virtud.

Si un hombre quieres cuya mano ansiosa
sostenga tu cabeza en el dolor;
en medio de la vida procelosa
vente á mis brazos, que te salvo yo.

Que si me espera un porvenir aciago
que al fin poeta por mi mal nació,
pruebe yo primero su terrible estrago
que el fin de todo es el salvarte á ti.

(1) Comandante, que fué, de los establecimientos penales de Barcelona, Ceuta, Canal de Isabel II, Alcalá, Toledo, Granada y la Coruña, hoy superintendente, cesante, de la suprimida fábrica de moneda de Jubia.

No más, adios; yo parto, pero dejo
á tu lado mi firme corazon,
si por un gran deber de ti me alejo,
adios, mi hermana, no es por siempre; adios.

Parto por fin en paz conmigo mismo;
yo creo eterna y firme tu pasion,
más... ¿quién penetra el tenebroso abismo
que encapota el humano corazon ..?

EDUARDO PONDAL.

1860.

GALICIA PINTORESCA.

MONASTERIO DE MONFERO.

IV.

La tarde va á terminar su existencia. Las ruinas del monasterio confunden sus tristes colores con las sombras que proyectan sobre ellas las empinadas montañas. El sol de Occidente se ha hundido allá léjos tras las Sisargas, en las agitadas olas del Atlántico. Tienen por un instante de un color rojizo de siniestro augurio las crestas de Montouto. Es la despedida que da el sol á las montañas desde el propio seno del mar y parece anunciar á la tierra devastacion y luto. El crepúsculo despide á la tarde pero la noche ha penetrado ya por las cañadas del Eume silencioso, sentando sus reales en el abismo de San Juan de Caaveiro. La costa y las islas encienden sus faros en la lontananza, imperando entre todos el de la antiquísima y famosa torre de Hércules que ilumina el dilatado seno brigantino. Ni un ave se siente en el aire, ni un relincho de caballo salvaje en las quiebras. Tiende al fin la hórrida noche su negro manto desde una cumbre á otra de las sierras que circundan las ruinas del monasterio de Santa María, desde las Toldas á Queixeiro, desde la Cuesta de la Sal á Fontardion. Ya las tinieblas dominan por entero al mundo.

Busquemos un asilo contra el horror que esas tinieblas infunden en el yermo, hasta que el nuevo día nos permita trasladarnos á la parroquial de San Fis, hija del monasterio, y servida todavía por uno de sus monges. ¿Pero qué es esto? Un ruido sordo como el que precede á la erupcion del Vesubio, se siente bajo nuestras plantas. El aire se enrarece y se inflama con repentino resplandor, semejante al de una aurora boreal. La claridad de los reflejos se acrecienta por instantes. Inúndase el espacio con el color de fuego que se mostraría en los aires si se apagase el sol y ardiese el mundo. Es la montaña que arde en vivas llamas. Corre el incendio como el mar que sale de su centro en la conmocion universal y el fuego da estallidos horribos y corre

en todas direcciones bajando, subiendo, cruzando las lomas de aquella inmensidad de montañas. Nuestros caballos se atribulan y se detienen en el elevado sendero al lado de una cruz, ante aquel espectáculo de destruccion final; y caballos y ginetes se ven iluminados de un color de sangre encendido lo mismo que los fronterizos perfiles de las torres y ruinas del abandonado monasterio. Es que el núcleo del fuego aparece con blanquecino color y rojo lo demás, descendiendo ya por el monte de Cela cebándose en el rico matorral de uces y tojos como nunca más lozanos produjeron los fértiles montes de nuestra patria. Una mano aleve ó el acostumbrado deseo de hacer brotar de la tierra nuevos y tiernos pastos se armó esta noche de la tea incendiaria, convirtiendo los montes de Monfero en un teatro de desolacion en que parecia haberse reunido los volcanes de todas las partes del mundo.

Alumbrados por el horrible incendio, fuimos descendiendo de la montaña buscando un albergue que hallamos en la misma casa del hospitalario monge. Bendiga Dios su generosa acogida.

Al ser de la mañana nos trasladamos á la iglesia parroquial de San Fis de Monfero, fábrica no antigua, desde luego eclípsada por la memoria de grandeza y arte que conservábamos de los edificios del monasterio, visto en el día anterior. Allí reconocimos en un interior bastante capaz, los blasones del monacal señorío como descritos quedan y además de la cruz parecida á la de Calatrava, otra como las que suele haber en iglesias antiguamente consagradas en Galicia por los obispos.

Vimos aún otro escudo con el águila de dos cabezas ante una palmera y una estrella sobre lo alto de la copa del árbol.

Todavía pudimos venerar en una de las naves de esta iglesia, la Virgen de Cela, traída del monasterio aquí, despues de la exclaustracion de los monges. Su concurrída romería se celebra ahora en este parage. Tiene rica lámpara, regalada segun la inscripcion por el R. P. P. Fr. Blas Prieto, abad del monasterio de Nogales, año de 1827. Posee además algunas otras alhajas, como las arañas para el culto de esta iglesia; pero no puede compararse con lo que al mismo fin existió en el monasterio, el cual se halla al Nordeste y á bastante distancia de la parroquial y separado y oculto por el monte de San Fis. La feligresía es largísima que cogerá cuatro leguas cuadradas. Los lugares, á muy gran distancia unos de otros y separados por sierras elevadas como la de Moncoso ó incommunicados por quiebras muy profundas como la de los Cerqueiros. Entre otros lugares aunque todos de poca poblacion, citan el de San Fis, la Acea, San Bartolomé, San Gíao y Santa Giaa, los cuales y otros más hemos recorrido

admirados de aquella salvaje naturaleza y no menos admirados de que los moradores no correspondan por su carácter al impotente aspecto de aquellas breñas.

Nos tocó asistir á la romería de San Gíao en un desierto elevado como el de San Juan de la Judea. Veníamos del alto Gestoso y bajábamos al Val cruzando el río Fray Bermuz por el puente del mismo nombre, sitio pintoresco, de frescos sauces y altos robles, de ménos de medio siglo, que nadie dirá que no tienen tres tantor más de tiempo. Volvimos á subir una montaña, de la cual descendimos por los Cerqueiros que es un tajo en el monte, pero casi vertical, de modo que nadie podría atreverse á bajar por allí, si los cerqueiros ó robles de que todo el monte se halla enraizado brotando árboles como yerbas una pradera, no ocultasen el abismo y no descendiese uno por serpenteados senderos como descolgándose de rama en rama y de tronco en tronco, hasta venir á caer con mucho trabajo á un riachuelo. Parece imposible que hayan podido asimismo descolgarse por allí nuestros caballos. A la mitad de aquel vastísimo matorral, vimos un puesto ambulante de vino entre las ramas, y las gentes que por allí bajaban y subían con motivo de la romería, bien habían menester del refrigerio con que se les brindaba en el centro de aquella floresta.

Atravesado el riachuelo, volvimos á subir otra nueva montaña, pasando cerca de nosotros y subiendo también, una ligera corza, acosada de los perros, la cual, habiéndose sentido poco despues la detonación de un tiro de escopeta, supimos habia la infeliz perecido. Nosotros, finalmente, llegamos á la soledad de San Gíao, ó de San Julian, donde á este santo se venera en una pobre y pequeña ermita cubierta de pizarras y sombreada por algunos abedules.

Tan pequeña es que la misa mayor hubo que celebrarla fuera, bajo un cobertizo. En el ribazo inmediato y á la sombra de un abedul se improvisó y colocó el púlpito. El mayor orden y compostura reinó así en la procesion, como en todo. En aquella iban formando compañía en descubierta los jóvenes cazadores, alternando los tiros de sus escopetas con los cohetes que se elevaban á los aires y cuyos ecos aquellas montañas repetían cien y cien veces cada detonación. Predicó el señor Cura de Monfero, P. Fr. Gerónimo Estevez, y el fácil, adecuado y poético discurso, el sitio, la altura, el sol velado, el aire libre y puro, la sencillez de aquella concurrencia, el silencio religioso con que escuchaban todos la vida del patrono de aquellos cazadores, cuya imágen portaba una escopeta como ellos; un no sé que, finalmente, indefinible é inexplicable, nos hizo sentir

desconocidas sensaciones hasta entónces y nos creímos transportados á patriarcales siglos.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

(Se concluirá.)

EL INVIERNO.

¡Oh, cual rápidos pasaron los días de primavera! huyeron sus ricas galas... sin flores los campos quedan y las aves ahora gimen al no ver la aurora bella, que con sus rayos de oro matizaba la pradera, y de las flores doraba el cáliz, lleno de pérlas que en la noche descendían cual chispas de las estrellas.

Ya las mil fragantes rosas no esparcen ricas herencias, ya no hay blancos jazmines, ni claveles, ni azucenas, ni pájaros que modulen enamoradas endechas, llenando el viento sonoro con su armonía de pena.

Mirad la selva ¡oh, dolor! sus hojas mustias y secas al golpear de la lluvia triste todas se doblégan, y en pedazos desprendidas cruzan el aire cual flechas velando el azul del cielo cual nube de espesa niebla.

Ya silva con furia el viento, y ruje en las arboledas, sacude ramas y hojas abatiéndolas en tierra; el río ya no murmura ni juguetea serpentea dejando cintas de plata por entre las flores bellas.

Huyen las parleras aves, abandonando la selva, y abandonando los nidos ocultos entre las yedras...

Huid, huid tiernas aves que el invierno ya se acerca, y silva con furia el viento, y el rayo atroz serpentea, y el trueno retumba en torno, y el cielo luto ostenta...

Huid, huid, tiernas aves, oculta concha tu perla, flores cerrad vuestro broche, mas yo no dejo mi prenda, ni abandono mis amores así el mundo en contra sea.

ANTONIO DE PAZOS Y VELA-HIDALGO.
Ferrol, 1875.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

(Continuacion.)

VII.

Inesperado espectáculo.

Dirigimos inmediatamente la vista al cometa y observamos, en efecto, que su cola, á cuyo traves veíanse estrellas que hubieran sido eclipsadas por la más ligera bruma, estaba como cortada en su longitud, empezando á bifurcarse una da las mitades.

—¡Es verdad! ¡qué cosa extraña! exclamó Guda.

—Bien singular por cierto, murmuré no pudiendo separar mis ojos del insólito fenómeno.

—Su causa debe atribuirse á los diversos grados de densidad de las materias en ignición, interpuso el genio, porque es digno de notarse que los intervalos no están privados en absoluto de vapores, lo que parece indicar bien claro que no son varios rastros sino uno solo con diferentes grados de intensidad.

—No hay duda que todo parece corroborarlo, dijo Guda.

—Es difícil si no imposible, añadió el genio, fijar el número de los cometas que vagan por el firmamento. Por más que apenas pasen de setecientos los observados desde la Tierra, su número es ciertamente muy grande. Sin auxilio de telescopio, podemos distinguir muchísimos, algunos, como veis, casi imperceptibles.

Paseamos nuestra mirada en torno, y descubrimos efectivamente muchos y muy varios, que de seguro serian invisibles desde la Tierra, pues esta se dibujaba todavía con claridad, en tanto que muchos de aquellos cometas se nos presentaban por la enorme distancia, cual brillantes sujetos á hilos de oro.

—¡Sorprendente armonía de los mundos! exclamé con admiración.

—Para comprender la grandeza del Cosmos es preciso verla de cerca, dijo sentenciosamente Guda.

—Si, porque tanto más se admira, repliqué, cuanto más se penetra en este inimitable concierto de maravillas.

Después volviéndome al genio,

—Y bien, le pregunté, cuando un cometa penetra en nuestro sistema ¿es precisamente visible para todos los planetas?

—Debe serlo para unos y no para otros, respondió, pues para aquellos que tengan día cuando algún cometa cruce sus horizontes, pasará desapercibido. Desde la misma Tierra ¿creéis que se observan to-

dos los cometas que se verian si fuese allí siempre noche? Un testimonio en contrario ofrécenos Séneca, el cual afirma que habiendo tenido lugar un eclipse de sol, sesenta años ántes del nacimiento de J. C., se distinguió cerca del sol un hermoso cometa. Y en pleno día, poco ántes de la muerte de César, descubrióse otro que, por su mucho brillo y enorme magnitud, disputaba su imperio á la luz del sol. Ahora bien; de no mediar tan extraordinarias circunstancias, claro es que hubiera pasado desapercibido.

—A propósito, observó Guda con presteza, que al fin como muger cedía á las preocupaciones á pesar de todo su natural talento ¿son en realidad los cometas precursores de grandes catástrofes, como he oido cien veces allá en la Tierra?

—Habeis aprendido demasiado ya desde que tuvisteis el valor de seguir á vuestro amante por estos espacios, para acoger y dar fé á esas extravagantes creencias de gentes ignorantes y apocadas. Yo no concibo que haya imaginación tan vulgar que acaricie el yugo de una idea tan grosera como lo es la de que masas que obedecen las leyes ineludibles del movimiento, vengán á ser mensajeras de buenas ó malas nuevas. ¿Acaso se pretende que esos autómatas celestes tienen sentido comun? ó son por ventura los embajadores de alguna siniestra divinidad? Perdonad que olvidando por un momento mi natural seriedad recurra á la ironía en este punto, porque desprecio si no befa merecen los propaladores de semejantes especies. Y no creais, distinguida jóven, que esto envuelve reproche alguno hácia vos, pues nada mas léjos de mi ánimo, de mi carácter y sobre todo de la consideración de que os habeis hecho digna: la reprobación va dirigida á todos los necios que tales extravíos apoyan, no á vos que, como se deja ver con toda evidencia, los habeis aprendido de las personas que os rodeaban.

—No tengo que arrepentirme, contestó Guda con calma, de haber dado nunca gran importancia á esas imbéciles habladurías; pero siendo numerosa la turba de los que las sostienen con testimonios propios y ajenos, he creído conveniente aprovechar tan excelente ocasión para desvanecer toda duda.

—Habeis hecho muy bien y léjos de rebajaros os habeis enaltecido con la pregunta.

—Sin embargo, fuerza es reconocer el concurso de circunstancias tan singulares que si no justifican disculpan por lo ménos tales preocupaciones.

—¿Qué circunstancias son esas? pregunté yo no sin curiosidad.

—La coincidencia de seguir siempre á la aparición de semejantes astros, sucesos tan extraordinarios como los dos de que nos acaba de hablar el genio, cuya autoridad no recusaréis por cierto.

—Y qué, interpuso el genio con viveza ¿es acaso insignificante un periodo de sesenta años trascuridos entre la aparicion de un cometa y el nacimiento del hijo de Dios, que es el suceso más trascendental á que podeis referiros? Es lógico creer que el precursor se adelante más de medio siglo á su precursado sin objetivo manifiesto, puesto que desapareció sin dar cuenta de su mision? De admitir tal supercheria, vendríamos á dar una fuerza grande á los inventores de esas patrañas, y ahora empiezo á comprender como las mantienen perennemente vivas, jamás desmentidas.—Por lo que hace á la muerte de César, ¿se trata de otra cosa que de un horrible atentado? Cierito que por recaer sobre un ilustre soberano y por las convulsiones que debían suceder á la célebre reconvenccion *et tu quoque*, el asesinato estaba llamado á formar época: pero ¿cuántos otros sucesos de igual ó mayor importancia se registran en las páginas de la historia de la humanidad, que tuvieron lugar sin tan singular predicion?.. Esas que llamais coincidencias no son en resúmen más que las rebuscadas premisas de un sofisma cuya falsedad está en la conclusion.

—No obstante, replicó Guda, preciso es asignar un origen á tales creencias.

—Fácilmente se le halla, dije yo terciando en el debate.

—¿En dónde?

—Ya en el aspecto un tanto aterrador de esa clase de astros, ya en lo poco frecuente de su aparicion. Si su presencia fuera diurna como la del sol ó de tan corto periodo como el de la luna ¿serían mirados los cometas con esa risible prevencion?

—No, porqué entónces quedaría destruida su razon de ser.

—Y sin embargo, interpuso el genio, el que asi no suceda, proviene de una circunstancia meramente fisica, cual es la irregularidad de su ruta, pues recorren curvas elípticas, parabólicas ó hiperbólicas en extremo prolongadas, como exigen las leyes generales del movimiento que, resultando de la accion recíproca de fuerzas de gravitacion é impulsión sumamente enérgicas, hacen desviar al astro oponiéndose á su pronta vuelta, por más que muchos, entre ellos Encke, tienen su órbita cerrada y bien de terminada, apareciendo despues de un corto periodo. Encke es precisamente el cometa que tanto se nos ha acercado, el cual aparece cada tres años y medio.

—Tan fácil es reconocer un cometa? observé admirado de la seguridad con que hablaba el genio.

—Todo está reducido á calcular sus cinco elementos parabólicos; esto es, la longitud de su nodo, la de su perihelio, su distancia perihelia, el sentido directo ó retrógrado de su movimiento y la inclinacion

de su plano con respecto al de nuestra eclíptica.

—Y bien, eso exige grandes conocimientos astronómicos y práctica en las observaciones...

—Méenos quizá de lo que imaginais, merced á los excelentes instrumentos que el hombre posee ya hoy. Asi, para calcular por ejemplo la inclinacion de la órbita, os basta hallar la relacion del plano del astro con respecto al de la eclíptica y sin dificultad se halla de 13°-22'.

—Para eso necesitaría saber la inclinacion del plano en que nos movemos con respecto al de la eclíptica de la Tierra, que supongo es á la que referis la observacion.

—La situacion de las estrellas codiacales os dicen bien claro que nuestro plano es paralelo al de aquella.

—Es verdad, y en tal caso concíbese bien la igualdad de diedros *correspondientes* formados por un plano sector de otros dos paralelos.

Comprendí al llegar á este punto que no debía agradar á Guda una conversacion que no estaba á su alcance y nada añadí, á fin de terminarla.

Dirigí mi vista al cometa que, tanto se nos habia desviado ya, que apenas se le percibia. Me llamó la atencion esta oxtraordinaria rapidez, pero no tardé en convencerme de que se sumaban su velocidad y la nuestra, pues el genio lo habia creido asi conveniente para eludir todo peligro y librarnos cuanto ántes de su imponente aspecto. No obstante caminábamos aún entre efluvios luminosos, algunos de los cuales eran rojizos, otros pálidos, como los de la luciérnaga, y la mayor parte violados como el resto de la luz del espacio, en cuyo seno destacábase la inmensa estela.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

AL JUBIA.

(HOJAS DEL ÁRBOL DE LA VIDA.)

I.

Náufrago entre las olas del mar de las pasiones,
envuelto por la bruma que forman los turbiones,
flotando solitario sin esperanza voy:
del rayo me deslumbran los trémulos fulgores,
del trueno me ensordecen los hórridos fragores,
sobre el abismo giro, bajo el abismo estoy.

No hay puerto que me espere, bajel que me
(dé abrigo,
ni, abandonado y triste, la mano de un amigo
puede estrechar amante mi afan devorador;
no percibo en las olas, que rugen estridentes,
al sacudir sus crines de plata en las rompientes,
ni el cántico de un ave, ni el ámbar de una flor.

¿Qué fué de mi existencia risueña, encantadora?
Yo fui fanal luciente, brillé como una aurora;
y ¡soy en las tinieblas un punto negro más!
Ni un cielo azul me cubre, ni un árbol me dá sombra,
ni un ángel en sus sueños purísimos me nombra,
pues bienes que se huellan no vuelven ya jamás!

En el jardín brillante y alegre de mi vida
donde feliz gozaba la dicha mas cumplida,
tendió la suerte aciaga su fúnebre crespon,
y el ángel de mis sueños que amante sonreía
huyó de mi horizonte para desdicha mia,
sumiendo en las tinieblas mi altivo corazón.

Errante desde entónces sin norte y sin sosiego,
las olas de la vida me empujan como á un ciego,
sin ver en que riberas mi frente tocará:
la oscuridad me abrumba, pues nada ven mis ojos;
la soledad me aflige, pues todo me dá enojos;
¡mi ser entre las sombras indiferente vá!

Madrid 28 de agosto de 1867.

II.

Las nieblas se disipan... Por fin de tantas penas
me dejan ya las olas tendido en tus arenas
¡oh, Jubia! en tus arenas de trémulo cristal.
Tu cielo me cobija; tu sol me dá sus llamas;
su sombra, tus frutales de retorcidas ramas;
sus cánticos tus aves, tus flores su azahár!

¡Oh rio! tu en mi historia la página mas bella
tendrás entre sus hojas, al recorrer en ella
doliente y triste anciano mi turbulento *ayer*:
tranquilo tu recuerdo la mente irá evocando;
tranquilo en tu recuerdo mi espíritu gozando
ascenderá al Espacio ganoso de su ser.

La carne vil ó el polvo que el alma mia anima
y que con férreas garras constante la lastima,
en tus riberas, Jubia, sereno dejará:
tú arrastrarás un día de luto al oceano
el polvo vil que forma de mi existir lo humano
y al sér, ser incarnado, tus aguas besaré.

Y entónces en el Espacio y el Tiempo de consuno,
mil mundos recorriendo sin encarnarme en uno,
libre, libre en el éter, mi sér libre serál
y entónces sin que en nada la atmósfera me ligue
á su astro, y en sus capas girantes me fatigue,
por lecho tus espumas mi espíritu tendrá!

¡Oh Jubia! entre el amante gemir de tus pinares
dí al viento como un ave mis íntimos cantares,
y el pecho atribulado consuelo aquí encontró.

Edem, púrpura y nácar de mi segunda vida,
playal donde halló puerto mi nave combatida,
arrojada ya el ancla, de aquí no salgo yo.

De aquí, donde la vida social en lontananza
se vé, como en un cuadro se vé exacta semblanza
y aquella vida horrible se me presenta á mi,
cual antro povoroso de fondo deleznable
donde se agita y bulle, rugiendo miserable,
rebaño de chacales comiéndose entre si.

De aquí, donde la vida social se vé á lo léjos,
y á dónde llegan tarde los pálidos reflejos
de pérfidas intrigas que el oro deja en pós;
de aquí, donde las auras, las aves y las flores
me cercan, comprendiendo la fé de mis amores
en el azul brillante, purísimo de Dios!

Jubia 4.º de mayo de 1869.

III.

Benditas son tus aguas ¡oh, Jubia! y tus riberas,
tus rápidas alondras, tus nubes pasajeras,
tus auras murmurantes cuando besas la mar
entre encendidas rosas de trémulas corolas,
que arrojan incesantes sobre las mansas olas,
en giros invisibles, torrentes de azahár!

Tus rosas!... De tus frondas de mágicos colores,
brotó la flor más bella de cuantas bellas flores
en mi revuelta vida, por donde quiera ví.
¡Hija de mis entrañas! hija del alma mia!
aroma de mi mente, vibrante melodía,
del cielo del espíritu sagrado querubin.

Estrella que la noche letal de mi existencia
alumbra con sus rayos, y baña con su esencia:
única luz del alma, del alma única flor!
Cariño del cariño, dulzor de la dulzura,
al eco de su acento revivo de ventura,
que es sangre de mi sangre, y amor del mismo amor!

Que es ella, en su pureza, melancólica palma;
iman de mis sentidos, oasis de mi alma,
y en la pesada atmósfera fragante rosicler;
ella, con sus hechizos, es nácar entre nieblas;
y aurora esplendorosa disipa las tinieblas
que al móvil pensamiento pudieran envolver.

Un rayo de sus ojos, un beso de sus labios,
extingue de mi pecho los bárbaros agravios
con que la envidia ciega cruel me persiguió;
y vida de mi vida, y aliento de mi aliento,
encarnacion externa del propio sentimiento
si sonrie, sonrío; si llora, lloro yo!

Benditas, pues, tus aguas ¡oh, Jubial y tus ri-
(beras,
tus aves cantadoras, tus nubes pasajeras,
tus auras susurrantes cuando besas la mar
entre encendidas rosas de trémulas corolas,
que arrojan incesantes sobre las mansas olas,
en giros invisibles, torrentes de azahár!

BENITO VIGETTO.

Jubia, 28 de agosto de 1874.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON CASIMIRO VIGODET.

I.

¡Ferrol y Trafalgar!... Hé aquí los puntos de partida en la brillante carrera de un digno hijo de Galicia, recordado siempre con orgullo por la marina española, de cuyo nobilísimo cuerpo fué insigne ornamento.

En su padre, pundonoroso capitán de navío que había sido mayor general del departamento gallego, y en su tío don Gaspar Vigodet, general de ejército y uno de los regentes en 1823, tuvo los mejores modelos de marino y de soldado el que llegó á serlo ilustre, *D. Casimiro Vigodet y Garnica*, nacido en 1786 en la fecunda villa del Ferrol, semillero de preclaros varones.

Sentó plaza de guardia marina el 18 de marzo de 1800, y á los pocos meses recibió el bautismo de fuego en la heroica defensa de su patria contra el inglés, por agosto de aquel año.

Alférez de fragata en 11 de junio de 1804, empezó sus viajes por los dos hemisferios, visitando á Cuba, Veracruz, Montevideo, Perú y Chile.

Se embarcó en el navío *San Ildefonso*, de la escuadra de Gravina, y el inolvidable día 21 de octubre de 1805 combatió á las órdenes del brigadier Vargas en las aguas de Trafalgar.

La bravura de nuestro héroe, que solo contaba 18 años, mereció un atestado especial de su jefe. Cayó prisionero de los ingleses, y apenas cangado, fué ascendido á alférez de navío el 9 de noviembre, continuando sus servicios en batallones y arsenales.

II.

La campaña iniciada en 1808 contra los franceses, presentó nuevos horizontes á Vigodet.

Salió al campo con los batallones de marina del Ferrol y siguió la marcha del ejército de la izquierda hasta diciembre, que se presentó en el Departamento. Ocupáronle pronto los invasores, y Vigodet, con riesgo de su vida, supo huir del Ferrol y unirse á las legiones de la patria, entre cuyos bravos peleó en San Payo, Espinosa de los Monteros, Lugo, sitio de Astorga, retirada de Burgos y demás encuentros con el enemigo.

Fué capitán de cazadores, y en premio á su patriotismo, obtuvo los ascensos á teniente de fra-

T. II.

gata en 1809, y á teniente de navío en 1812. Al año inmediato se reincorporó á la armada.

Embarcado en la fragata *Soledad*, cuyo segundo comandante era, pasó á Rio Janeiro con el general don Gaspar Vigodet, su tío, y de allí trajo á España las infantas del Brasil, para enlazarse la una con Fernando VII y la otra con el infante don Carlos.

Por este servicio mereció el ascenso á capitán de fragata y la cruz de la orden de Cristo de Portugal, obteniendo al propio tiempo la española de San Hermenegildo, á fines de 1816.

III.

Hizose notable entonces Vigodet como jefe digno, inteligente y dotado de competencia para cargos superiores.

Recibió, por esto, el mando de la corbeta *Fama*, con la cual desempeñó varias comisiones, cruzó en diversos puntos, y viajó á Canarias, recorrió el litoral de la península, surcó las aguas de las Baleares y visitó á Argel y Nápoles.

A su vuelta á Cádiz, á principios de 1820, naufragó el buque, saliendo su comandante absolutamente libre de todo cargo en el consejo de guerra formado por tal motivo.

Trasbordóse luego á la *Pérta*, la *Lealtad* y la *Aretusa*; se encargó de la comandancia de los arsenales del Ferrol, y en julio de 1825 fué promovido á capitán de navío.

Con tal categoría mandó la fragata *Iberia*, de 50 cañones, la que dió velas para Puerto-Rico y Habana el 26 de setiembre. Una vez en América, multiplicó Vigodet sus servicios, poniendo de relieve sus excelentes dotes de osado guerrero y hábil marino.

En setiembre de 1826 sufrió un récio huracán, que le separó de la escuadra española, hallándose en inminente peligro su buque, que con graves averías dirigió á la Habana, no sin experimentar ántes otra furiosa tempestad, durante la cual cayó un rayo que partió el palo mayor de la fragata. Esta, sin embargo, se salvó, merced á la destreza y serenidad de Vigodet.

Siguió cruzando sobre las Antillas nuestro valeroso náuta, y por dos ocasiones recayó en él la dirección de las fuerzas navales en 1827, dando con esto, pruebas de saber mandar una escuadra.

Las fatigas de la vida marítima debilitaron su salud, y hubo de tornar enfermo á Europa, presentándose en la fragata *Casilda* ante los baluartes del Ferrol el 29 de junio de 1828.

IV.

Cuando ya restablecido, entró á mandar la fragata *Cristina*, recibió el nombramiento de brigadier el 30 de julio de 1833.

Murió por entonces Fernando VII, y el primer ministerio de la reina gobernadora llamó á Vigodet, á Madrid, como vocal de la recién instituida Junta Superior de la Armada, en cuyo puesto dió brillantes testimonios de su saber, no ménos que de su rectitud y entereza, dote la última que fué acaso la más característica de su persona.

Había contratado nuestro gobierno con el de

59

Portugal la adquisicion de buques de vapor para el bloqueo de la costa cantábrica; pero como en el ajuste hubiera algo de escandaloso, promoviéndose en la Junta de la Armada una representacion al ministerio sobre el asunto, la cual fué desechada por la mayoria, dando margen á la emision de un voto particular por Vigodet, que anteponia la verdad y la justicia á todo humano respeto. Esta noble actitud le valió el ser confinado á Cartagena, despues de ser depuesto de su cargo, en lo cual le acompañó tambien el brigadier Quintano, desterrado á Cádiz.

Era arrostrar la impopularidad el proceder así el gobierno, y pronto puso los ojos en Vigodet para utilizar otra vez sus servicios. Le ordenó inspeccionar el arsenal de Cartagena, sobre el que escribió nuestro marino una luminosa memoria.

Llegó en esto el alzamiento de 1835, y el brigadier ferrolano se encargó de la comandancia general del tercio de Barcelona, con el mando de todas las fuerzas marítimas de Cataluña, Valencia y Baleares. Sólo él, con su esquisito tacto, pudo salir airoso de su cometido, dadas las calamitosas circunstancias de la época y del país.

Elejido procurador en Cortes, se puso en camino para Madrid; pero la revolucion de la Granja impidió la apertura de los Estamentos, y Vigodet fué destinado á la comandancia general de Cartagena, donde hizo frente, como en Barcelona, á inmensos obstáculos, no siendo el mas despreciable la verdadera miseria en que se hallaban las clases de marina empezando por él mismo.

A rigurosa antigüedad debió el empleo de gefe de escuadra el 27 de abril de 1839, y á sus honrosos antecedentes y dilatados servicios la gran cruz de S. Hermenegildo, obtenida al mismo tiempo.

V.

Buen español, quiso mantenerse limpio de toda mancha política,—que rara vez no mancha la política en España,—y así se obstinó Vigodet en no tomar parte en la gestion de los negocios públicos.

Nombrado ministro de Marina el 10 de Mayo de 1839, dió á su patria el no visto espectáculo de negarse á aceptar la envidiada cartera. Los ruegos de los que debian ser sus compañeros de Gabinete, las instancias de los oficiales de marina, los deseos de mas alta voluntad emanados, todo fué inútil. Treinta y dos dias de noble lucha sostuvo el general Vigodet, creyendo cumplir con su honor y su conciencia, hasta que el 12 de Junio le fué admitida su dimision.

Notóse bien que Vigodet fué el primero de los poquisimos españoles que no quisieron ser ministros de la corona.

VI.

Relevado, á su peticion, del mando del departamento, entró en la junta directiva de la Armada y en el Tribunal supremo de Guerra y Marina.

En 1844 pasó á Londres, presidiendo la comision de oficiales que fué á adquirir buques y á estudiar los adelantos de la marina de guerra. Bajo su direccion se construyeron en los astilleros del Támesis nuestros barcos *Villa de Bilbao*, *Blasco de Garay*, *Vulcano* y *Vigilante*. Además escribió cu-

riosísimas memorias que hacen inmortal la del autor.

Dos años duró su ausencia de España. A su vuelta, puede decirse que él rigió la Junta de Direccion de la Armada, pues el presidente,—compatriota suyo, hijo de la Coruña, el capitán general D. Ramon Romay,—ya anciano y con salud harto escasa, fió á Vigodet el desempeño de sus funciones.

Este ingresó en el Consejo Real y fué elegido de nuevo diputado á Cortes, ocurriendo con esta ocasion otro incidente que patentizó su dignidad.

Habiendo asistido á las sesiones en que se acordaron los reales enlaces de 1846, diósele la gran cruz de Isabel la Católica. Vigodet la renunció, por la sencilla razon de no haber hecho nada que mereciese aquella honrra. «Sus votos eran la expresion de su conciencia, decia, y no habia lugar á premio.» A fé que no han abundado diputados como nuestro gallego.

La cruz, sin embargo, le fué acordada en 1848, por el mérito de sus escritos facultativos, y aun se le otorgó tambien la llave de Gentil-hombre de Cámara.

Volvió á Inglaterra á dirigir la construccion de los vapores de guerra *Isabel II*, *Francisco de Asis*, *Colon* y *Pizarro*, basta que el 19 de octubre de 1849 fué nombrado capitán general del departamento de Cádiz.

VII.

Se trasladó Vigodet á San Fernando; y allí recibió el ascenso á teniente general en 30 de octubre del mismo año.

Poco duró su cargo, pues suscitada una cuestion entre él y el ministro de Marina, debió á su firmeza y carácter independiente otro confinamiento, que habia de ser en Canarias y se permutó por el Puerto de Santa Maria.

Un cambio de gabinete lo elevó á su turno á la capitania general de Cádiz.

Alcanzó la gran cruz de Carlos III en 1852, y el 4 de abril le llamaron segunda vez al ministerio. Habian trascurrido trece años desde la primera; pero Vigodet no cambiara. Rehusó tambien la alta distincion que se le conferia, á pesar de las muchas y poderosas influencias que sobre él se ejercieron.

La revolucion de 1854 le dejó sin destino en la corte. Poco despues, instituido el Almirantazgo, lo presidió Vigodet, y aqui tornó á mostrar como sabia velar por los intereses del cuerpo de la Armada y por la dignidad de los cargos que se le confiaban.

Invadidas las atribuciones del Almirantazgo por los mismos fundadores, nuestro general protestó contra el atropello. El ministerio á quien faltaba la fuerza de la razon, usó de la razon de la fuerza, y depuso á los vocales de aquel instituto, si bien ya todos habian dimitido como cumplia á su pundonor. Consuelo de estos azares era la inestabilidad de los gabinetes. El mismo año 1856 hubo mudanza completa de escena, y Vigodet volvió á Cádiz.

Durante su mando en el Departamento, una escuadra holandesa llegó á aquellas aguas en demanda de auxilios para reparar sus averias. La digna conducta de nuestro general le hizo acreedor á la gran cruz de la Corona de Encina que le otorgó el

rey de los Países-Bajos, en testimonio de afecto y gratitud.

Premiado al ilustre veterano, le promovió la reina en 24 de noviembre de 1858 á la suprema dignidad de capitán general de la Armada: ó lo que es lo mismo, á Almirante. Lo fué supernumerario hasta 1866, en que sucedió al marqués de Nervion, y ocupó sólo el primer puesto de la marina española.

Era senador del reino desde 1852, y caballero gran cruz del Mérito Naval desde su última promoción al alto honor de Almirante.

VIII.

Libre de trabajos especiales, que ya no resistía su ancianidad, fijó Vigodet su residencia en Cádiz, desde donde presencié los acontecimientos de 1868, sin inmiscuirse absolutamente en nada de lo que entonces y después alteró los destinos de España.

Como justa distinción al que podía llamarse jefe de la marina nacional, el collar de la insigne orden del Toison de Oro ornó el pecho del preclaro hijo de Galicia el 21 de octubre de 1870.

A principios del invierno del siguiente año se sintió gravemente enfermo. Venció, no obstante, su naturaleza por entonces; mas atacado de nuevo por una afección al hígado, rindió su alma al Creador el 2 de enero de 1872, á los 85 de edad y cerca de 72 de innumerables y honrosos servicios.

Era de corta estatura, pero de apuesto continente. Su voluntad de hierro no era incompatible con su dulzura en el trato y su caridad para el pobre. Austero consigo mismo, perdonaba fácilmente á los demás. Es prueba de su carácter amable el sentimiento general que inspiró su muerte.

Su ilustración corría parejar con su virtud. Dejó escrita la *Historia de la Marina Española*, precioso monumento de nuestras glorias y del estudio y patriotismo del autor. Muchos son sus trabajos inéditos: algunos quedan citados, y entre los mejores que se deben á su laboriosidad, merece singular recuerdo el que dedicó al *Origen, servicio y fin de los buques de la Armada*.

El largo período de la vida del Excmo. Sr. D. Casimiro Vigodet, último Almirante de España, es una fuente de enseñanzas para todos sus compatriotas. Cábele á Galicia la honra de ser patria de este ilustre marino, que nos ofrece un modelo de lo que mas escasea entre nosotros: carácter firme y energía indomable, base sólida de un magnífico porvenir. (1)

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

Madrid, julio 1875.

¡AMOR, SUBLIME AMOR!

Yo amaba á una muchacha
que era sencilla, hermosa y vivaracha;
de afilada nariz, dulce semblante,
tierno mirar y pecho exuberante.

La amaba como un loco,
mi paso al suyo por doquier seguía
y me iba consumiendo poco á poco
y gastaba anas botas cada día

Sin calma ni reposo,
la vida me pasaba haciendo el oso:
hasta que Dias clemente
permitió que la hallasen mis miradas,
en el café de Oriente
tomando un chocolate con tostadas.

Esclavo de sus ojos seductores,
sentí mi corazón estremecido
y lá conté mi pena y mis dolores,
ruboroso, sensible y conmovido.
Ella escuchó mi ruego
con faz risueña y entusiasmo ciego,
y á tal punto llegó su fantasía,
que se tragó de un sorbo el chocolate
que dentro el vaso había,
abrasando su célico gáznate.

A aquellas noches de sin par ventura
siguieron otros días seductores
de amor y de ternura;
y sin pesar ni tedio,
llevábamos de cándidos amores
cuatro meses y medio,
hasta que el hado quiso
trocar en negro infierno el paraíso.

Una tarde de enero
llegué á su casa alegre y placentero;
mi amada estaba triste
mudando á los canarios el alpiste,
con ademán resuelto,
y apenas esenchó mi acento blando,
me pegó un bofetón de cuello vuelto
que me dejó temblando.

Quise saber la causa de su enojo
y en tanto que á denuestos me atronaba,
el ojo se me hinchaba
y dí á correr para salvar el ojo.

De calma haciendo acopio,
la mañana siguiente traducía
a adjunta carta, que á la letra copio
y es modelo de amor... y ortografía:

—«Cavayero es ustez un melecato
«esijo: mirre trato
»y como quiera provocar mienajo
»sepa ustez; que larranco el otro ojo;
»me dijo buena Becina
»queamaba; usté a una cursi alicantina
»y si hantes Esto á conoserlo llego
»a la cnrsi y á uste les pongo Fuego.
»No guelba; ustea mi Casa
»ni guelba; ustea cordarrse de Tomasa.»

Ante este trabucazo inopinado
me hallé tan afectado,
que un día, como yo triste y sombrío,
estuve si las lio ó no las lio.
Triunfó por fin la ciencia
y aleccionado ya por la experiencia,
cuando una jóven á mi lado pasa
me acuerdo de Tomasa
que buscando un pretexto malo ó bueno
me obandonó la ingrata,
olvidando mi afán y mis amores,
y al mes siguiente del horrible trueno;

(1) A la amabilidad del ilustrado general de la Armada; Sr. D. Francisco de P. Pavia, debemos los datos de este bosquejo biográfico. Damos públicamente las más expresivas gracias á nuestro erudito y galante favorecedor.

se casó con un figle de contrata
del tercer batallon de Tiradores.

Lector: tén muy presente
esta máxima sana y bienhechora:
¡La muger es serpiente!...
(pero es una serpiente encantadora.)

LUIS TABOADA.

1872.

TIPOS POPULARES DE GALICIA.

EL CANTERO.

III.

Al dorso del cantero-recluta hemos contemplado manifiesto todo su armamento. Pasemos ahora, como si digéramos revista de comisario al soldado raso de la arquitectura. Tres ó cuatro picos y una escoda, con sus mangos de roble, bruñidos por el uso, una palanqueta con cuatro cinceles, la plomada, el compás de hierro, la escuadra y el martillo componen el uniforme armamento de nuestros adalides en su generalidad; son el contenido de su pesada mochila. ¿Cuenta, además del lápiz ó almazarrón, con la paleta, la llana, el reboque y el esparabel en su artístico arsenal? Podemos reputarlo por cabo ó sargento del ejército arquitectónico. No te hagas, lector, todo ojos en busca de su oficialidad. Sus gefes son héroes que solo podemos admirar en la brecha, sobre el foso ó sobre las murallas. Por lo demás en marcha, ya sea el antevíspera de navidad, época en que nuestra tropa avanza á marchas forzadas, á acampar en sus cuarteles de invierno; ya sea cuaresma, tiempo de desplegar guerrillas en acecho del gusto de cambiar doblones por piedras, que distingue hoy á nuestra urbana poblacion, advertimos ya un progreso canteresco en ver á estos gefes, á esa oficialidad, preceder al grueso, empaquetados á guisa de maletas sobre la cubierta de las diligencias, ya ennobleciéndose en el cupé, ya aristocratizándose en la berlina, á falta de otros pasajeros. Tras ellos siguen los cabos mas rumbosos picando, por no perder la costumbre, los vacíos de un pollino de la puerta de la Torre de la Coruña ó la cincha de un jaco de Carrál; jaco y pollino que han llegado tambien como á petrificarse algun tanto. Viene en pos la soldadesca, que hemos ya contemplado; y últimamente los reclutas rezagados. ¿Hay un órden mas regular?

Ni ¿qué cosa mas natural tampoco que la asombrada alegría que retoza en la fisonomía del cantero-recluta, al pisar las primeras losas del arrabal de la ciudad? Hétele, sobre la marcha, tomando su leccion primera de ajustar una posada por doce ó quince reales al mes, con su sopa matutina, su caldo por comida y cena, su luz y su tarima. Lo que es por hoy, y por la primer semana, quizás la borona que en la alforja hizo contrapeso á los chis-

mes del oficio espesará el rancho. Despues, oida la misa del alba, en los domingos, lo primero que le veremos hacer será comprar su pan de centeno de catorce libras para el sustento semanal; á no distar poco la aldea de nuestro artifice en perfil, que entónces su *sposa fedelle* aparecerá, como llovida del cielo, en la tarde sabatina, con su carabela en la cabeza, cabe á la obra de su marido, temerosa de que el arquitecto, ó maestro de ella, pueda sorprenderlo en la mas ligera interrupcion. ¡Intolerante en demasía, cual la militar, es la disciplina canterial en ejercicio, que ni permitir se digna el mas leve y mas santo desahogo matrimonial! ¿Qué mucho, pues, que á la primer campanada de la oracion, arroje con enfado el pico, para volver á los brazos de la esposa, que le contará de sus hijuelos y de la *facenda*? A pocas horas habráse de admirar un bello rasgo de delicadeza y compañerismo. Si nos entrometemos en el angosto y mísero dormitorio del cantero, hallaremos que, bien por economía bien por suplir la falta de abrigo, nuestros pulidores de piedras duermen á pares. Pero ¿ha llegado la anhelante consorte? El compañero de cama y rancho busca espontáneo la que la suerte le depara, alejando del matrimonio toda importunidad.

Por decontado, penetrante lector mio, que tú, que vienes de ver viajar á mi cantero, habrás dicho para tu colete: «tal caminata bien merece algun dia de descanso.» Y has pensado rectamente ¡voto á mi minuciosa escrupulosidad! Pero ese descanso, tras haber tomado lenguas en la tertulia profesional, se cifra en alzarse antes que el sol, acicalarse con la ropa mejor y lanzarse á la calle á revistar las nuevas obras. Entónces el cantero la echa de meritorio, en la que más le place; ya echa los brazos á unas angarillas, que corrigen el cálculo de fuerzas conductoras; ya hace un cigarro, que da á gustar al maestro y despues á los operarios, esprimiendo y limpiando su embocadura entre los dedos índice y pulgar; ora sujeta con su baston de castaño, que algun emborrador de *huecos* le ha hecho el obsequio de pintar de verde ó encarnado, la insegura plantilla; ora desnudándose de la chaqueta nueva, aplica el hombro á una piedra descomunal hasta que, movido el dueño ó el arquitecto de sus humildes insinuaciones y atentos ausilios, vienen en pos de uno ó dos dias de gratuita asistencia á premiarlo con el ingreso en la inaugurada labor.

IV.

Suenan ya á compás los picos, cual la péndola de un metrónomo y el maestro coloca al discípulo cabe á las protuberancias más sobresalientes de la piedra en bruto. Enséñale á encontrarle la vena, el tratamiento de las vetas, la oportunidad de picar á pelo ó contra pelo, y más de una vez al dia, al soltar el cuitado rapaz su pico para restregarse los lagrimesos ojos, quitase calmoso el chapeo, requiere bajo la cinta una cerda de puerco, sujeta contra la pared al chicuelo y alzando con la una mano los

párpados, lleva ligera la otra, cual el más hábil oculista, para limpiárselos de arenas. Y para que el aprendiz descanse sin malgastar el tiempo le encomienda el ir á llenar el barril en la fuente cercana, el remojar la piedra en obra, el sostener en dos reglas fijadas en los hombros, ó en los sobacos á guisa de cojo, la plantilla ó el reglon, al cortar las piedras y llevar al dorso una sarta de picos á que los rehazca el herrero. Y torna á picar, más... ¡oh desgracia inaudita! ¡punible torpeza! el pico entró más de lo justo y el cantero maestro contempla en la mano, con rabia, sordo-muda, la esquirra con que ha malparado las costillas del mísero recluta. ¿Quién sabe? mañana quizás un betun ó pasta de caracoles unirá la esquirra á la piedra matriz, oculta la grieta bajo fina arenilla. Ni el ojo del arquitecto, ni los furrores de la intemperie descubrirán jamás acaso este secreto, como ni su picaresca perspicacia, ni el tiempo, para el que no son inviolables los arcanos, sorprenderán nunca quizás el de la soldadura moral que ¡pésia la peligrosa ausencia! el párroco hubo de hacer en el matrimonio de nuestro prototipo, á la depuradora llama del confesonario, y que, á no ser así, fuera asunto bastante á levantar una canteira.

¡Pardiez! que nada tiene de particular el que el pica-pedrero, á parte su sorna de galápago, se muerda los lábios y abraza al roedor pensamiento, que se desprende de la cántiga, con que tal cual rapazuela de buen humor ó dada á desquites, lo tortura, *debuttando piano*:

- » ¡Pica! ¡pica, canteirinho!
- » ¡pica na pedra muda!
- » ¡pica na culler allea!
- » ¡outros picarán na tua!

¡Guarda pablo! que el cantero es avieso y aunque mira de soslayo, echa bien sus medidas y gusta de las fregatrices. ¿Qué ha de hacer, si está mucho por la limpieza y en cambio del polvo, que su manojo de estera separa del granito, y de la copa de anisete, con que brinda y regala á la fregona una que otra madrugada, conoce perfectamente el pesebre? Con razon se admira uno de oírle cantar á media voz, requebrar si hay oportunidad, platicar siempre, y siempre ocurrente, alegre y socarrón mirar con cierta especie de impasibilidad cuanto la sociedad agita en torno suyo, como extranjero en su patria, como huérfano sin más lazos ni relaciones que las profesionales, y siempre superior en fin á la pesantez de sus férreos instrumentos, de enormes piedras, á los peligros de altivo andamio, á la monotonía, espereza y fatiga del trabajo de todo un día.

José DOMINGUEZ IZQUIERDO.

(Se continuará.)

A UNA ESTRELLA.

Yo te vi, cuando del sol
murió la luz postrimera,
T. II.

aparecer en Oriente,
brillando entre sombras negras.

A medida que las horas
van trascurriendo ligeras,
hacia el sombrío cénit
pausadamente te elevas.

Mil pesados nubarrones
recorren toda la esfera,
y ora nos velan tu lumbre,
ora se apartan y dejan

que tus rayos plateados
desciendan hasta la tierra.
Ya brilla intensamente
como diamantina piedra;

ya empaña tu claro brillo
un vapor que el viento lleva;
ó tal vez ave nocturna
sus anchas alas desplega

y de tu luz en el foso
oscura sombra proyecta.
Nada detiene tu marcha,
nada impide tu carrera.

Ves cómo insanos los hombres
en cruda lid ensangrientan
ora sus bellas ciudades,
ora las verdes praderas.

Tú, impasible á tanto horror,
sigue, de Ocaso la senda.
Ruge el trueno, estalla el rayo,
lebanta sus ondas crespas

el ancho mar, y en las nubes
furiosamente golpea.
Silba el huracan y arroja,
con inconcebible fuerza,

á distancias infinitas
movibles montes de arena.
¿Qué importa? Tranquilamente
tan cruel trastorno contemplas:

las tempestades del mundo
hasta tu sólio no llegan.
Y giras, y al cénit tocas,
magestuosa, serena,

y hacia Occidente despues
vas descendiendo ligera...
Siempre obediente á las leyes
de tu sábia Providencia,

ni un ápice te separas
del camino que te ordena...
La aurora, que al sol precede,
esplendorosa se muestra,

y ni apresuras tu giro,
ni retroceder intentas.
Sumisa sigues la ruta
que al horizonte te acerca,

hasta que tras él ocultas
tu luciente cabellera...
Y otros mares, y otros hombres,
y otro cielo te desean.

Mañana, cuando del sol
se extinga la luz postrera,
aparecerás de nuevo
brillando entre sombras negras.

SEGISMUNDO GARCÍA.

Ferrol, 1874.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.
XVI.

Un drama, á la luz de la luna.

Cerca ya de palacio, determiné no entrar por la
puerta principal, y me dirigí á la cerca del jardín

para penetrar en él y abismarme en su plácida soledad que hacia más placida aún á aquellas horas la argentada luz de la luna. Me era esto tanto más fácil, cuanto que llevaba siempre conmigo el llavin de uno de sus rastrillos. Quería la soledad, pero no la soledad de mi gabinete, que empezaba á hacerse monótona. En la *saudade* que bañaba el alma en ondas de melancólica ternura, prefería las flores como todos los enamorados, aunque disfrutara de ellas de noche. Bajo las impresiones vagas de mi ilusión de amor, las flores se me presentaban como otras tantas amigas prontas á adornecerme en dulcísimos ensueños. Cuando el alma está enamorada, anhela la poesía silenciosa, pero expresiva, de la vejetación,—y las flores son la poesía misteriosa de la tierra, como las estrellas la poesía misteriosa del universo.

Mi padre habia sido, tambien, tan amante de las flores, que gastara muchísimo en los jardines de Fontey, dispuestos de modo que, aunque no era mucho el terreno, parecia éste inmenso:—contribuía á lo último, los revueltos giros de las sendas enarenadas, y los pequeños bosques de tilos, magnolias y árboles del paraíso que lo sombreaban por do quiera. Estos bosquecitos circulares, formaban como glorietas, con sus asientos de mármol en torno de un surtidor caprichoso que habia en el centro.

Me detuve cerca de una de estas glorietas ó pabellones, sentándome entre la espesura;—y aun cuando la luna brillaba completamente, quedaba yo oculto en la fronda como si no quisiera ser visto si por casualidad alguien pasara por allí.

No pensaba en nada. Me hallaba tan inmóvil de cuerpo como de alma, en una especie de abstracción en que ni parecia pertenecer á la atmósfera del mundo ni á la inmensidad del espacio, fundiéndose la luz de mi mirada por decirlo así, en la luz pálida de la luna en la enramada.

De pronto leve rumor me alteró: ese rumor vagaroso del vestido de seda de una muger, que denunciaba su marcha como el vuelo de un ave entre las ramas. El rumor se aproximaba y se detuvo en la glorieta contigua. Miré, y el busto elevado de Nieves de Villaster se determinó junto al surtidor. Impresion de disgusto se apoderó de mi al verla, y luego me animó otra de curiosidad. ¿Qué venia á buscar allí mi muger á aquellas horas? ¿Seria casual su venida como la mia, ú obedecia á algun fin siniestro?

Nieves se sentó.

Poco despues sentí crujir las ramas sobre la tapia del jardin, y un hombre se descolgó de un árbol, deslizándose luego como una sombra hasta la misma glorieta en que estaba Nieves. Era Jorje.

Ambos se abrazaron.

Mi primera sensacion fué amartillar el revolver con ánimo de disparar sobre los dos á boca de jarro. La caza era real. Pero me contuvo una idea noble. Si yo los mataba, yo era un cobarde, un canalla. Moririan sin defensa. Es verdad que tambien mataban mi honra impugnemente... pero yo encontraba mucha diferencia entre uno y otro asesinato, que tal vez no encontrarán los espíritus arrebatados que me lean.

—Cielo—dijo Vilar de Mondelo—todo lo tengo dispuesto para pasado mañana... y pasado mañana, á media noche, ¿lo oyes? huiremos juntos á Portugal y de Portugal á Inglaterra, á Francia, á Italia, á donde quieras, pues ya sabes que ahora soy opulento.

—Si... si, Jorje; huyamos cuanto más ántes;—contestó Nieves;—ya ves, cada dia que pasa me acerca al trance fatal: no llevo mas que tres me-

ses de casada y cuento ya seis en estado interesante... ya ves, amor mio, que el escándalo seria horrible...

Y sonaron dos veses de amor, más que de amor de fuego.

Yo no pude resistir tanto en tan pocos momentos, y salté como un tigre por entre las ramas, apareciendo ante los dos culpables revolver en mano.

—Alto!—grité—el que se mueva, cae muerto á mis piés!

Y les apuntaba en firme.

Ambos no se movieron: el mismo crimen los enclavaba en el asiento.

—Poco tenemos que hablar—les dije con energía;—V., señora, ya murió completamente para mí, y desde este instante que sale V. de mi casa, sale V. para siempre.

El jardinero apareció de pronto junto á mi, y me preguntó descubriéndose:

—Señor vizconde, ¿me manda V. algo?

—Si; acompaña á esta muger hasta la verja, y hábresela por la última vez.

Nieves respiró. Creía su muerte segura, y no se podia explicar aquella conducta en mí, que ella consideraba muy generosa y que no podia ser más despreciativa, pues la trataba, no como á una *persona*, sino como á una *cosa*, no como á una señora, sino como á una criada que falta á sus deberes y á quien se arroja de casa.

—Ahora, caballero;—le dije á Jorje;—puede V. tambien levantarse y marchar en pós de esa muger;—y como no lo considero tan cobarde que trate de viajar sin arreglar ántes esta cuenta pendiente, espero que el médico de la Rua, mi padrino, encontrará á V. en su casa de aqui á dos horas, á fin de que al amanecer, los dos frente á frente, nos expidamos pasaporte con los rewólveres para viajar léjos ó cerca...

Jorje se levantó y me dijo con frialdad:

—Quedo enteramente á los órdenes de V., señor vizconde.

Y me volvió la espalda.

XVII.

Cuestion social.

Entré seguidamente en palacio, y al llegar á mi gabinete mandé llamar á dos persouas, al médico y á Guilaroy.

Enteré pronto al primero de todo, y le di la comision, como padrino mio del duelo, de verse inmediatamente con Vilar de Mondelo para que designara el suyo,—y entre ámbos, arreglaran las condiciones, encareciéndole mucho que hiciera prevalecer las mias, que eran: batirnos, no á primera sangre, *sino á muerte*; armas, revolver; hora, al amanecer del siguiente dia; y sitio, el cementerio de San Juan de Barrio, donde estaba enterrada Sira.

Por uno de esos caprichos inexplicables del pensamiento humano, me acordaba más de Sira en aquel trance supremo, que de mi propia muger. Y digo inexplicables, porque más debia importarme vengar mi honra, que la de otros;—y sin embargo, al tratarse de matar á Vilar de Mondelo, la imagen de Sira parecia alentarme mas al combate que la de Nieves de Villaster, por demás repugnante para mí.

El doctor de la Rua, comprendiendo en toda su magnitud la importancia de mi situacion desventurada, no vaciló un momento en servirme, dirigiéndose en seguida en busca de Jorje.

Cuando salió el doctor de mi gabinete, mandé entrar á Guilaroy, que esperaba en el patio de palacio,—y le di instrucciones sobre el niño, de modo que al amanecer se encontrara con su hermana Eufemia de Meiral, en Peña de Foleche y en la choza de Clara, donde desde entónces habian de vivir: alguna contrariedad me ponía Guilaroy, pero todo lo allanó el dinero que le di.

Nada mas tenia que arreglar para el caso. Muerto mi padre y sin pariente alguno, me era todo indiferente, hasta la vida. Sólo una persona me interesaba, Clara;—pero ésta se hallaba tan léjos de mí, como yo de ella. La sociedad se ha constituido de tal modo, que en vez de basarse en la naturaleza, la contraria. Es verdad que yo, espíritu independiente como el aire de mis montañas, podía luchar con esas preocupaciones estúpidas que la clase alta inculcó hasta en las últimas capas sociales; pero la ocasion no era á propósito. Por otra parte, tenia fé en matar á Jorje, y en que lo mataría, no tanto por mi destreza y seguridad en el tiro de pistola, sino por esa voz interior que sentimos en las grandes situaciones de la vida y que rara vez falta á sus promesas.

El médico no tardó en regresar.

—Todo está corriente—me dijo—como V. lo deseaba. Jorje me manifestó que V. habia sido demasiado caballero con él, puesto que *pudiendo y debiendo* matarlo en el jardín de palacio conforme á nuestras leyes, se porta V. tan noblemente, que no puede ménos él de confesarlo así;—y por lo mismo, debiendo él imponer las condiciones del duelo, como *desafiado*,—quiere devolver nobleza por nobleza, atemperándose en un todo á las condiciones que mas le plazcan á V.

En seguida, le flaqueó la voz al doctor, y prosiguió:

—En cuanto á mí, no sé que decirle á V., queriéndole casi como á un hijo. Evitar el duelo, imposible; porque la honra es ántes que la vida. Su mismo padre de V., si viviera, cargaría el revolver, y lo pondría en su mano cargado, y le serviría de padrino en este trance. Si alguna vez puede ser legítimo un duelo á muerte, nunca como ahora, —y por lo mismo, no me queda otra cosa que recomendarle á V., no valor, pues bien lo conozco á V., sino serenidad.

Y una lágrima tembló en sus párpados.

—Doctor—le dije—para que vea V. que estoy tranquilo y que ni el furor me sobrecita ni el temor me acobarda, vamos á discutir como discutíamos en nuestros viajes, sobre las cosas de la vida. —Ahora bien, doctor; yo mañana tengo que matar á un hombre ó ese hombre tiene que matarme á mí, y de esto ¿quién tiene la culpa, él ó yo?

—Ni él ni V., señor vizconde; porque sino hubiera mugeres malas...

—¡Qué vulgaridad, doctor! no prosiga V. en ese sentido. Jorje no tiene la culpa de este duelo, doctor, porque si Jorje debe morir por haber enamorado á una muger casada, yo entónces debí morir cien veces.

El doctor abrió los ojos espantado de mi filosofía.

—No se admire V. de lo que digo, doctor: medite V. solo, si digo ó no verdad en lo que manifiesto.

—Verdad irrecusable. Y, efectivamente, mirando así la cuestion, V. no debia matar á Jorje,—mas bien á ella, señor vizconde.

—A ella!...—exclamé—tampoco debí ni debo matar á ella, si he de seguir la voz de mi conciencia.

—Cómo! ¿Su conciencia de V. no encuentra culpable á Nieves de Villaester?

—Si y no. Si, mirando la cuestion por el prisma legal: no, mirando la cuestion por el prisma de mi criterio propio.

—No lo entiendo á V., señor vizconde!

—Doctor, mi muger se casó conmigo sin amor para el caso. Antes ya amaba á Jorje, puesto que está en estado interesante de él, segun Nieves misma confesó... ¿Por qué, pues, debo yo matar á esa muger enamorada?

—Toma! porque le engañó á V., señor vizconde; por eso ella es la culpable.

—Es verdad que Nieves, enamorada de Jorje, no debió casarse conmigo; pero, educadas las mugeres como están educadas, puramente para el fingimiento, ¿podia mi muger tener valor para revelarme esa pasion y buscar en mi fuerzas para contrarrestarla? Ya lo vé V., que no se dá caso alguno así en el mundo, y sólo lo leí en una historia tradicional de nuestras montañas, *Los Hidalgos de Monforte*, donde la condesa Ildara, despues de pedir á Dios noche y dia que desterrara de su pecho una pasion criminal, viendo que esto era en vano, se atreve á pedir apoyo á su mismo marido para aquella lucha, y el conde de Lemos la oye como si oyera á una loca, riéndose de la infeliz.—Desengañese V., doctor; el amor debia ser libre, libre y voluntarioso tal como lo creó Dios!

—Qué horror!! entónces no habria sociedad posible, señor vizconde!

—¡Ménos posible será así, esto es, si todas las personas tratan de sostener á balazos la honra que les pueden dar ó no sus mugeres...!

—Ese es un epigrama sangriento contra la sociedad actual, señor vizconde!

—Tal vez. Pero ¿qué hemos visto en Paris, qué en Madrid, qué vemos en todas partes? Como dijo un poeta: hay *virtudes feas*, pero no *virtudes hermosas*!

—Cierto... ciertísimo!—exclamó el doctor levantándose y corriendo á abrazarme;—y en ese caso, ya que tiene V. esa filosofía, perdonará V. á Nieves abandonándola á su suerte y no habrá desafío...! Bendito, bendito sea Dios!!

—No! grité levantándome frenético.—Habrá desafío. O Jorje me matará á mí, ó yo mataré á Jorje!

Y llevándome las manos al pecho, continué:

—Créame V., doctor; mataré á Jorje ó él me matará á mí, mas que por la cuestion de mi muger, por el asesinato de Sira y el de su hijo...!

—En ese caso—dijo el doctor con pesadumbre;—se convierte V. en una especie de *providencia* en la tierra, sin dejar nada á la del cielo!

—Hé ahí la única parte de ridículo que puede tener mi actitud en estas circunstancias, doctor. V., lo acierta.

Y lo abracé con gratitud.

—Ahora pues, doctor... durmamos un poco hasta las cuatro de la mañana.

Y devolviéndome el abrazo el doctor, nos separamos.

XVIII.

Sobre la tumba de Sira.

Una vez sólo en mi gabinete, me puse á pasear como si tal cosa, pues el insómnio no me permitia reposar siquiera un par de horas. Otras veces me apoyaba en la ventana, y extendia la vista y el pensamiento por la inmensidad, distrayéndome el centelleo de las estrellas que esmaltaban el firma-

mento y que en su variabilidad de luz parecían hablarme un lenguaje misterioso.

Pronto las ví palidecer más y más ostensiblemente,—y anchas fajas de plata empezaron á extenderse por el azul vivísimo de la atmósfera, cambiando insensiblemente de color, pasando del blanco pálido al rojo encendido, y deshaciéndose en ondas de luz que ondeaban aquí y allí por las encañadas que baña el Sil.

El reloj de palacio dejó oír cuatro campanadas, cuyos ecos se perdieron en las pendientes de las montañas;—y las alondras madrugadoras, disparándose al aire con su rápido vuelo, estallaban en el horizonte sus cantos de amor al día.

No tuve necesidad de llamar al doctor. El apareció en mi gabinete, acercándose quedamente á la puerta,—y entónces al sentirlo, tomé el revolver y nos pusimos en marcha hácia la puente Ci-garroza.

No sé porque se me oprimió el corazón de angustia al llegar á aquel parage: habia tenido hasta entónces sobra de valor, pero en aquel instante sentía fatal presentimiento. ¿Cómo te volveré á repasar,—dije al mirar el Sil,—vivo ó muerto? Pero repeniéndome pronto de esta sensación dolorosa, me sonreí con desprecio de semejante impresion de tristeza.

No tardé mucho en experimentar nueva emocion de angustia que parecía abatirme hasta el estremo. Acababa de distinguir á lo léjos, hácia la derecha del camino que seguíamos, un hombre y una muger que se dirigían hácia Peña de Foleche. La muger llevaba un niño de pechos en sus brazos: eran Guilaroy y su hermana Eufemia de Meiral que se dirigían á la casa de la aureana. —Vaya! me dije—que puerilidades me afectan, cuando debian más bien satisfacerme! Esa criatura, si muero, queda al fin dichosa en cuanto cabe!—Y volví á dominar la sensación angustiosa.

El médico, como si estuviera en mi interior murmuró en aquel momento.

—Señor vizconde, me dijo V. antes, al depositar diez mil duros en oro en mi poder, que en el camino me diría para que destinaba esa cantidad si la suerte le fuera adversa... así pues...

—Precisamente—le contesté—precisamente iba á recomendarle á V. su empleo, si sucumbo en el duelo. Esa pequeña cantidad la entregará V. á Clara, como dote, para que se case con el cazador Rosendo de Celavente, y prohíjen á aquella criatura que vá ahora á la casa donde nació y murió su pobre madre.

—Corriente,—afirmó el doctor. Pero confío en Dios que no llegará ese caso.

Yo me encojé de hombros.

Divisamos á la vez las negruzcas tapias del cementerio de San Juan de Barrio, que tiene la particularidad de estar sombreado en todo su perímetro por varios alisos y cipreses. Innumerables *mal-vides* entonaban en las ramas sus primeros cantos al día. El contraste era singular: la armonía de las aves sobre la última morada del hombre ó más bien sobre sus cenizas, era una poesía sumamente natural, pero lúgubre, elegiaca como ninguna otra.

Penetramos en el cementerio, cuya puerta se hallaba solo cerrada con un picaporte de madera, con objeto de que cualquiera entrara á orar cuando y como quisiera á sus parientes difuntos,—costumbre sencillísima de las montañas que riega el Sil.

Pero al penetrar en aquel recinto fatal, otra nueva impresion poética me conmovió, pues no se veían en él sino cruces negras de madera con letras blancas, sobre un campo cuajado enteramente de esas flores pajizas que se llaman maravillas ó flores

de muerto (calendula). Si no fuera por las cruces, más que cementerio parecía aquello una alfombra de inmarcesible verdor, esmaltada de corolas de ámbar. Sólo un pequeño claro habia sin esas flores, en señal de hallarse la tierra recién removida. Marché rectamente á él. No me engañé. Era la sepultura de Sira, pues leí su nombre en la negra cruz que la coronaba.

Me incliné sobre aquella cruz y la besé,—recordando más á una víctima de su amor, que á Jesucristo,—víctima inmortal, no ménos respetable por su amor á la humanidad. La vista de aquel claro sin maravillas, de aquella cruz tosca y de aquel nombre de SIRA, no ménos toscamente escrito, pareció vigorizarme, no solo para un combate personal, sino para tomar una batería. Ah! respiré. Aquel hombre animoso que constituía mi sér entónces, aquel hombre era yo. Así; así; siempre fuerte; y doblemente fuerte cuanto mayor fuera el peligro. No como ántes, débil ante puerilidades amorosas.

Abrióse poco despues la puerta del cementerio, y Jorje apareció en él con su padrino.

Los padrinos cambiaron un saludo y algunas palabras sobre la situacion en que debíamos colocarnos Jorje y yo. Concertaron que la distancia de los combatientes sería de quince pasos, con derecho de avanzar y disparar desde la tercera palmada, y rematar el uno al otro hasta verle exhalar el último suspiro.

Yo me coloqué de manera que mi contrario se hallara precisamente situado sobre la tumba de Sira. Quería matarlo allí... allí, cadáver sobre cadáver. Este afán en mí, era tan vehemente, que rayaba en el delirio; y tenia pensado que si no me daban gusto en esto, arrastraría el cuerpo de Jorje hasta aquella sepultura para rematarlo en ella. Nadie me contrarió en este deseo, para el caso indiferente á todos. Tal vez el mismo Jorje ignoraba hallarse sobre las cenizas de su víctima, al pisar aquel claro en que se colocara. Ah! ó no habia Dios, ó él debia dejar allí hasta la última gota de su sangre! Los hombres que no solo deshonran mugeres, sino que hasta mandan asesinar sus hijos, no debían alentar en la tierra. Su muerte debia ser lícita como la de las fieras. De otro modo, la sociedad se hace imposible.

Las cuatro personas que pisábamos el cementerio de San Juan de Barrio, nos hallábamos colocados correspondiendo á los cuatro puntos cardinales. Jorje al Sur, yo al norte, y los padrinos al este y al oeste. Cuando sonó la tercera palmada, aun no habia aparecido el sol sobre la ondulante sierra de Pardollan.

Entónces, al batir las palmas los padrinos, yo permanecí inmóvil, afinando la puntería,—y Jorge disparó avanzando un paso de costado, pues los dos nos enfrentábamos de perfil.

Su bala me pasó rozando la megilla izquierda.

Yo disparé en seguida, y el sombrero de Jorge voló sobre las tapias.

No le habia herido siquiera... Sólo le atravesára el sombrero, levantándose á la vez... Una pulgada más baja la puntería, y le hubiera destrozado el craneo. Sin embargo, me satisfizo el blanco.

A cada tiro de revolver, los pájaros salían espantados de los árboles, ola tras ola de aves; y las maravillas agitaban sus corolas de oro pálido como si los muertos quisieran salir de sus tumbas para echarnos en cara aquel alarde de vida en el campo de la muerte.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).